



Fotografía: Alfredo Fernandez Fernandez

# Peroblasco. Donde ya no habita el olvido

**TEXTO:** Nerea Fernández Rodríguez

**FOTOGRAFÍAS:** Nerea Ferrez

Unos kilómetros más allá de Arnedillo, antes de llegar a la bifurcación que nos lleva a Munilla o a Enciso, coronando la falda de una montaña que no destaca por su belleza ni por su altura, encontramos un pequeño pueblo, no más que una agrupación de casas sin ayuntamiento, sin casa de la cultura, sin apenas iglesia, democráticamente similar.



Si entramos en el pueblo, descubriremos que antes de llegar al aparcamiento hemos de cruzar con cuidado un puente medieval cubierto por una hiedra que lo está ahogando y que constituye una de las reivindicaciones de la asociación de vecinos de la pedanía.

Tendremos que dejar el coche en el aparcamiento que, durante el último fin de semana de julio, siempre está copado de vehículos, ya que las estrechas calles sólo permiten el paso de las personas, la brisa y algunos rayos de sol.

Comenzaremos la subida por las calles empedradas, entre las casas viejas de piedra y las puertas abiertas, al paso de los habitantes que nos saludarán con cortesía.

Es el último viernes de julio y las calles están decoradas con banderas y colores. En la plaza, la espadaña de la iglesia se erige con una herida que le cruza el rostro amenazante y sobre la que se muestra una placa con un poema de Julio Fernández, poeta y nacido en Peroblasco.

Giramos a la derecha y continuamos la subida mientras advertimos que en cada calle están escritos en una placa los nombres de las mismas (incluso hay una calle Berlín, empinada y estrecha, en recuerdo a los voluntarios de

los campos de trabajo que tanto ayudaron a revivir el pueblo y de los cuales aún queda alguno que, enamorado del paisaje, se compró una casa y la rehabilitó).

Llegamos a la era bajera, la primera, y a la derecha tenemos un bar para la ocasión, cubierto con un toldo para camiones y regentado por voluntarios del pueblo que regalan su tiempo sin pedir nada a cambio. A la izquierda, bidones decorados por los niños del pueblo para que nadie ensucie el suelo, y un escenario casi a ras de suelo. También, dentro de lo que es parte de una casa el resto del año, una pequeña sala de exposiciones, no más grande que una cocina, que alberga fotografías, los planos de la sala de la asociación, otra de las reivindicaciones, y solución al lastimoso estado de la iglesia. Y ésa es Peroblasco, una pequeña aldea constituida más por personas que por casas, sustentada con un propósito, el de rehabilitar el pueblo, como si fuera un niño enfermo al que hubiera que cuidar y proteger.

En la década de los 60-70 el pueblo recibió un nuevo soplo de vida con la llegada de un grupo de jóvenes que venían buscando un sitio tranquilo donde establecerse y alejarse de la ciudad.



Calle de Peroblasco.



Con el tiempo, aquellos que habían abandonado el pueblo volvieron a sus casas junto con algunas otras personas atraídas por el singular paraje.

De este modo, con la ayuda de tantas manos deseosas de crear un futuro para el pueblo y con la de los Campos de Trabajo desarrollados desde 1988 hasta 1993, el pueblo volvió a renacer de sus cenizas, se organizó una asociación de vecinos y, en julio de 1988, se celebró la Primera Fiesta de los Humos.

Con el tiempo, la fiesta se ha establecido con una serie de actividades fijadas y algunas otras que varían según el año.

De este modo, el viernes por la noche, después de haber preparado y engalanado el pueblo para el fin de semana, los vecinos del pueblo se echan al hombro tablas, caballetes, sillas, me-

sas... y las colocan en la era bajera a modo del pueblo de Goscinny para compartir una cena bajo las estrellas.

El sábado a las 12 del mediodía se procede al disparo del cohete que anuncia que las fiestas dan comienzo, aunque la mayor parte de los vecinos y asistentes a la fiesta no aparecerán por la era bajera, centro neurálgico de la mayoría de las actividades, hasta las 13:30 horas, momento en el que tiene lugar el campeonato de pinchos que, año tras año, eleva su nivel.

Más tarde, a la hora del café, se celebra el campeonato de mus cuya pareja ganadora se lleva un jamón cada uno. Pero no es hasta las 20:30 horas que comienza la magia. Desde la era, los gaiteros comienzan encantando con su música a los asistentes y los guían a la carretera que hay frente al pueblo que, en esos momentos, está abarrotada de coches aparcados a ambos lados.



Antes de que den las nueve de la noche, tres cohetes han aparecido en el cielo y, tras el tercer estallido, una suave música, el canon de Pachelbel, comienza a envolver el paisaje mientras los humos de colores acarician el atardecer de una noche de verano.

El silencio envuelve el entorno y no es hasta que el estallido de otro cohete rompe la calma, que los aplausos hacen desaparecer el silencio, la magia se difumina con los últimos rayos del sol estival y vuelven a sonar las gaitas de los renovados flautistas de Hamelin guiando de nuevo a los asistentes a la fiesta.

La música continúa sonando con el Trío del Humo, que nunca han faltado a la cita, hasta la hora de cenar, momento en el que el pueblo recobra un instante la quietud. Más tarde, pasada la medianoche, vuelven el Trío del Humo, la verbena y la rifa que no dejarán de sonar hasta que el sol vuelva a aparecer entre las montañas.

Al día siguiente, a las 12:30 se celebra el particular Marathon-cillo, que antes se llamaba Marathon-Pi debido a que los niños llevaban una piedra entre las manos mientras realizaban un trayecto corriendo marcado de antemano. Los niños, dispuestos en sus marcas, esperan en la entrada al pueblo a que les den la salida y, al grito de “¡ya!” todos, grandes y pequeños, comienzan a correr, ascendiendo por la calle Berlín, mientras familiares, amigos e invitados les animan por el camino hasta llegar a la era



bajera donde el ganador recibirá la gratificación de haber conseguido llegar primero y todos los participantes son obsequiados con dulces y golosinas como premio.

A la una del mediodía, mientras los niños disfrutan de sus premios, los adultos asisten al concurso de tortillas, que comenzó como algo entre los miembros de la asociación de vecinos, y media hora más tarde juegan a la rana. A las dos, en la plaza, donde ya sólo quedan los restos de lo que en su día fue la iglesia del pueblo, expoliada en los años de abandono del pueblo y dejada morir por las autoridades, se celebra la misa presidida por el patrón del pueblo: San Sebastián.

Después del rito litúrgico, no será hasta las seis de la tarde cuando comiencen los juegos infantiles en los que los niños, la mayor parte de

los cuales es la primera vez que se ve, colaborarán y se divertirán con ayuda de voluntarios del pueblo para disfrutar después de un delicioso helado, obsequio cada año de Andrés Sirvent, cuya heladería está considerada una de las mejores del planeta.

A las ocho de la tarde, los vecinos habrán colocado bancos y sillas para poder disfrutar junto con los asistentes a la fiesta del concierto del domingo.

Finalmente, la fiesta termina con la ronda y entierro de San Bocata. Los vecinos forman una cruz con dos tablas y colocan sobre ésta un bocadillo y un pincho (San Bocata y San Pinchito) y recorren las calles haciendo ruido con útiles de cocina y objetos varios (botellas rellenas de garbanzos, botellas de pacharán, etcétera) al ritmo de canciones y vivas. Casa por



Ambiente festivo.

casa, van parando la marcha hasta que detrás de cada puerta sale un vecino con dulces, licores y, en ocasiones, algún que otro jarro de agua.

Terminada la ronda, se pone fin a las *vidas* de los santos (cada año cambia el modo habiendo sido ya quemados, explotados, tirados al río, dados a los perros...) y los más jóvenes y los adultos más valientes corren a sus casas a prepararse para la batalla de agua en la que a base de cubos y carreras cuesta arriba, cuesta abajo, acaban todos llenos de agua y dando fin a otra edición de las fiestas.

Poco más queda ya que hacer, salvo recoger la decoración de las calles, desmontar el bar, devolver lo que no se ha gastado, guardar escenario, mesa de mezclas, altavoces... y cerrar la exposición donde han descansado los premios de la rifa y donde se encuentran los libros de

la editorial que surgió del pueblo, Ediciones de la Era, los discos de los amigos músicos que tocan en La Casa del Burro, las fotografías de otras actividades celebradas en el pueblo (la feria de artesanía ALTURA, el festival de magia de 2005, el encuentro de asociaciones culturales de La Rioja, el encuentro poético *El color de las palabras* dentro del festival *Mujer y poesía...*), etcétera.

Sin embargo, aunque se hayan acabado las fiestas, el humo de las chimeneas haya pasado de los colores al corriente gris y negro y la música y el jolgorio se haya silenciado, las puertas de los vecinos seguirán abiertas y el pueblo continuará latiendo, aún vivo, más presente que nunca, y con unos habitantes que le abren, día a día, paso al futuro para que su voz nunca vuelva a olvidarse.